

ponde un orden divino; pues todo se relaciona en el espíritu y en la naturaleza, las tres fuerzas del cosmos con la tesis, la antítesis, y la síntesis; los colores del prisma con las notas de la música; las ondulaciones de la luz con las ondulaciones del sonido; el magnetismo animal con la electricidad externa; el alma con Dios; las afinidades químicas con las afinidades morales; las atracciones de las moles con los progresos de los Estados, la fé con la idea y la religión con la ciencia. ¡Oh! después de todo esto, bien puede asegurarse que las sectas religiosas del cristianismo democrático van, por impulso propio, en pos de una síntesis universal, sobre cuyos términos se fundará la religión cristiana de lo porvenir, como sobre la síntesis del helenismo y del judaísmo se fundó la religión cristiana de lo pasado.

Si fijamos la vista en lo que podríamos llamar el mapa religioso de la tierra, descúbranse las mismas divisiones del siglo décimo-sexto, en demostración de la inmanencia y de la permanencia que alcanzan las ideas todas en la humanidad y en la historia. El Oriente se halla dominado por esa religión griega todavía sometida, como en sus comienzos y en sus principios, á la tutela y dirección del Estado; los pueblos escandinavos y los germanos del Norte pertenecen hoy como ayer á un luteranismo concreto y práctico estrechamente ligado con sus varias monarquías; tiene la ilustre sajona raza, que merced á la política iniciada por la grande Isabel se ha extendido á manera del antiguo imperio español por mares y por tierras, tiene, decía, una Iglesia nacional y política, denominada por todos anglicana, como para designar su carácter más propio, y en frente de tamaña Iglesia otras dos tan opuestas, como la presbiteriana de la vieja Escocia y la católica de la rebelde Irlanda, rodeadas todas tres por varias sectas diversas; el calvinismo, doctrina surgida en Francia y luego sembrada en Suiza y en Holanda, raíz verdadera del cristianismo republicano, se ha extendido hasta la milagrosa democracia de América quien se presenta con los rayos del cielo, como un cetro espiritual y divino, á nuestra deslumbrada vista; y en las cuatro naciones latinas amén de sus anejas Baviera y Austria, regiones meridionales de Alemania y de la mayor parte de Bohemia y de Hungría, descúbrase la religión católica y ortodoxa. Para que nada falte á tal analogía existe dentro del Catolicismo, aun hoy mismo, cierta escuela y tendencia bien fuertes, respondiendo al ideal consumido en la hoguera de Savonarola y pugnando por una inteligencia estrecha entre el Evangelio y la libertad. Así, parece á primera vista que todo está lo mismo y que se halla el mundo moderno; religiosamente considerado, de igual suerte que se hallaba, por lo menos, en las postrimerías del siglo décimo sexto. Bien es verdad que, si recorriéramos la tierra, veríamos aun existentes la religiones amanecidas en el comienzo de la humanidad y en los albores de la historia. Todavía el salvaje, remedo indudable del hombre lacustre, perdido en las cavernas y alimentado de peces, reconoce, allá en su embrionaria inteligencia y en la revelación de su instinto, por impulsos incontrastables de su

incipiente razón, una inevitable dependencia de algún sér que le domina y le somete, y en el cual confía para la custodia de su hogar, y como complemento de su fuerza, todavía en el fetiche materialmente adorado con ritos idólatras y en la magia sentida como una relación de lo natural con lo sobrenatural, laten los gérmenes del religioso sentimiento, sobre cuyos afectos han de levantarse luego selvas de cúpulas, rotondas esféricas, semejantes á los astros del éter, cruces místicas cual brillantes constelaciones, templos expresivos de una incontrastable aspiración á lo infinito. Esos hombres primitivos, los cuales apenas saben contar con sus dedos una docena y que apenas conservan memoria ni tradición alguna, presienten ya el dogma de la inmortalidad, y reconocen la sumisión debida por su conciencia y por su voluntad á un sér superior, sumisión impuesta por sus indeliberados sentimientos. El hunno, en los desiertos errante sobre su caballo de guerra, idólatra todavía, de la espada puesta de punta en tierra; el mogol, todavía invoca los genios diabólicos de la fuerza en sus devastadoras correrías hacia el combate eterno y la conquista; los incas y los aztecas de América, encontrados por los descubridores españoles, demuestran la existencia de cultos asiáticos y el paralelismo entre creencias diversas propias y peculiares de cada raza; entonan los arios todavía el himno de los vedas y proclaman la divina Trinidad en sus primeros fundamentales dioses; el brahamán, á las orillas del Ganges, eleva sobre las mitologías populares un sér superior y metafísico, en el cual se funda la gerarquía complicada de las castas. Buda lleva un sensimiento de igualdad al seno de los antiguos sacerdocios; y Confucio funda una moral, que todavía sirve como de base incontrastable al Imperio chino; el Mikaco preside con su poder espiritual, y encerrado en inaccesible templo, la vida del Japón; los felahs del Egipto, al pie de sus Pirámides misteriosas y entre las ruinas de sus esfinges, conservan, bajo el yugo de los mahometanos, que les han impuesto su Korán, reminiscencias de las ideas relativas á la muerte profesadas bajo el yugo de los Faraones: aun el Asia Menor parece atravesada por corrientes de ideas; aun el persa, ligero y activo, parece sostenido en su nueva fe, por los dioses combatientes y opuestos de sus muertas teogonías; aun el Imperio árabe, á pesar de haber tanto retrocedido, sueña con califatos que le den el poder material y con profetas que le devuelvan el poder moral perdido en sus desgracias recientes; laten los antiguos dioses bajo las Iglesias cristianas en las tierras helenas y latinas recamadas por las azules ondas mediterráneas, y aquel Olimpo, tan maldecido y exorcizado por los primeros apóstoles y los primeros Padres eclesiásticos, surge de la paleta de Rafael en las horas más sublimes del Renacimiento, y se aloja, con todas sus risueñas divinidades y todos sus inspirados poetas, en las deslumbradoras estancias del pontificio Vaticano. ¿Qué mucho, qué mucho, si todavía existen las divisiones religiosas de hace tres siglos en el seno de la cristiandad? Naturalmente, toda esta inmanencia de ideas debe mostrar á los filósofos y con especialidad á los políticos, las fuerzas y el poder de la religión en nuestra vida. Griegos, católi-

cos, luteranos, calvinistas, arminios, unitarios, se dividen hoy día la conciencia cristiana del mundo contemporáneo, ni más ni menos que si estuviéramos á fines del siglo décimo-sexto. Pero hay una diferencia, que prueba cuánto y cómo se ha transformado la humanidad en ese tiempo. Las sectas cristianas ya no pelean ahora entre sí, como peleaban, por su mal, antes, sobre todo en los tiempos crueles de las feroces guerras religiosas. Un sufrimiento superior del humano derecho ha organizado las naciones en términos, que ha sucedido á la guerra, la libertad religiosa.

No reaparecerá un Felipe II, que quiera imponer con la espada conquistadora de un duque de Alba, el Catolicismo histórico á la calvinista Holanda; no vendrá ningún duque de Saboya nuevo á tomar con sus sansquenets y sus tercios de Ginebra espiritual, donde beben santas almas revelaciones sublimes; ningún Carlos V se ufanará de poner por entre las creencias opuestas por medio de un *Interim* concebido en las alturas del trono y sellado con la marca de su sello imperial; no lucharán España é Inglaterra, Suecia y Austria, Lucerna y Zurich, por motivo y razón de los sendos dogmas profesados en sus respectivas Iglesias: á la insensata disposición española, que prohibía el cambio con los pueblos herejes, sucederán los tratados de comercio, que admiten la circulación de los productos, como admite naturaleza la circulación de los átomos: la paz de Wetsfalia fundará el derecho internacional en humana tolerancia; y los pueblos libres surgidos del seno tempestuoso de las revoluciones modernas, proclamarán la libertad de cultos y admitirán todos los ciudadanos al goce de la ciudadanía, sin preguntarles para nada por sus creencias ni por sus ideas, respetuosos completamente á la fe interior de los espíritus. La libertad religiosa es la base fundamental del derecho político moderno. Pero no debe desconocerse, porque no conduce á nada el desconocimiento de la realidad, cómo ha cambiado completamente allá en su fondo el estado religioso del siglo décimo-nono de lo que era el estado religioso del siglo décimo-sexto. Entonces los conductores de la civilización, ya fueran católicos, ya protestantes, creían todos á una en los fundamentos religiosos y metafísicos del Cristianismo; entonces no existía discordancia ninguna entre los sabios y los creyentes. Lutero, Calvino, Rafael, Erasmo, Vives, Vinci, Savonarola, Shakespeare, Lópe, Cervantes, creían todos en la religión de sus padres; mientras ahora sucede lo contrario; sucede que los espíritus elevados, que las almas grandes, que las estrellas de primera magnitud en el cielo de la inteligencia, Hegel, Goëthe, Víctor Hugo, Renan, Darwin, Mill, Leopardi, Ferrari, Espronceda, Quintana, Herculano, Emerson, Parker, y tantos y tantos otros, apenas numerables, de cuya luz proviene todo el calor intelectual que vivifica hoy nuestras almas, ¡ah! no pueden creer, no, en las diversas iglesias, bajo cuya sombra nacieran y se criaran; triste divorcio de la religión y de la ciencia, que debe cesar á toda costa, si queremos el progreso de la humanidad y el bien y la paz de todas las naciones. No vacilamos en afirmarlo. Como hemos nacido sociales, como hemos nacido inteligentes,

como hemos nacido libres, como hemos nacido hombres, hemos nacido sin remisión por una ley natural ó por una ley divina, religiosos y creyentes. Creemos como amamos. Vivimos en el espíritu como vivimos en el aire. Las ideas interiores del alma responden á las estrellas del espacio en su luz y en su infinitad. Por muchos dioses que se hayan derribado, por muchos templos que se hayan demolido; siquier los titanes del espíritu hayan puesto argumento sobre argumento para llevar al cielo etéreo y azul todas las anarquías de sus ideas personales, Dios queda en el fondo de los espacios y en el seno de las conciencias. A medida que nos levantamos á los aires, vemos negro lo que antes veíamos celeste; y el silencio y la soledad reinan en aquella altura y en sus abismos cerúleos, como si las dominara el frío de la muerte; y sin embargo, de allí baja el calor que mueve la lengua de las aves y las cuerdas de las arpas, que pinta el cáliz de las flores y las alas de las mariposas, que enciende la boreal aurora en los horizontes enrojecidos y la chispa eléctrica en los nervios agitados, que pone su carmín puro en la sangre y su dulzor misterioso en las mieles; porque de allí viene la luz, alma del universo. No importa que unas veces tales ideas suban por Oriente, mientras otras ideas se avecinan al ocaso; que tales templos aparezcan desiertos, mientras se llenan otros templos; que ascienda un cenobita y se ponga de hinojos sobre las aras de donde ha descendido sin tirso y sin corona la Pitonisa de Delfos: que una rotonda, como la rotonda de Miguel Angel, se levante cerca de una colina como la colina del Capitolio: la materia organica, en sus espirales y en sus parábolas, va buscando la perfecta organización del hombre, y la esencia y la substancia espiritual buscan con sus ideales, y no solamente lo buscan, sino que lo encuentran y lo conocen, al Eterno Sér, al Dios Criador de las ideas y de las cosas. Ved cómo se une todo aquello que tiene alas, aromas, armonías en el universo, con todo aquello que tiene intuiciones, fe, plegarjas en las almas. Envía el sereno lago vapores á las alturas; la flor se abre y exhala esencias y guarda bálsamos; canta sus serenatas de amor en fecundo Abril sobre los nidos enamorada el ave; los árboles de las selvas corónanse de guirnaldas que simbolizan y expresan misteriosos desposorios; las aladas luciérnagas, tan brillantes como los aerolitos, llenan de luminarias la inmensidad del horizonte por las noches tropicales; allá lejos, los astros centellean como lámparas encendidas en los atrios eternos de la infinita iglesia del espíritu; y más allá, mucho más lejos del éter, del magnetismo, de la electricidad, de la luz, de todo cuanto parece casi una idea en el universo mundo, el arte suena las cuerdas de las arpas, tiñe con iris las tablas y los lienzos, levanta las estatuas coronadas con diademas de inspiraciones, erige los templos cuyas altas ventanas miran hacia el Eterno y cuyos bajos sepulcros sacan de los cadáveres descompuestos las almas inmortales para engazarlas en los cielos místicos de la bienaventuranza. La realidad es una cristalización de la espiritualidad. Sobre las leyes naturales dominan las leyes ideales. Aquellas cuentan con la materia y con la fuerza, mientras cuentan éstas con la libertad y

con las ideas. Ningún átomo se aniquila en el mundo material y ningún pensamiento se aniquila en el mundo espiritual. Mientras el dolor taladre nuestros corazones y la duda corone nuestras sienas con sus abrojos; mientras pueda venir la muerte á robarnos los seres queridos y puedan las almas sumergirse á una en los misterios de la eternidad sin que respondan á nuestros llamamientos y á nuestros reclamos; los planetas serán para todos aquellos que los habitan y los pueblan, como naves, que se perderán sin remedio, encallando su quilla en el fango, si no hinchase sus velas el viento de los cielos y no tuviera como polo fijo en la inmensa variedad de las cosas el Eterno Dios. Existe una religión como existe un arte; como existe una ciencia; como existe un Estado. Y para despojar á la humanidad entera del Estado, tendríais que hacerla completamente antisocial, y para despojarla del arte y sus enseñanzas, tendríais que arrancarle con el corazón todos sus sentimientos; y para despojarla de la ciencia, tendríais que apagarle y extinguirle allá en las facultades del alma su razón y sus ideas; y para despojarla del templo, del altar, del claustro, del ex-voto, tendríais que hacerla un sér inmoral é irreligioso. La religión durará aquí en la tierra tanto como el hombre dure; y allá en el cielo coexistirá eternamente con Dios, resultando una gran aspiración que sube á las alturas y una grande inspiración que, desde las alturas desciende sobre las almas.

Indudablemente, lo sobrenatural existe; pero, no como una contradicción de lo natural, sino más bien como una idealidad y como una norma. Prescindir de la naturaleza por la religión, equivale á prescindir de la religión por la naturaleza. Como no podemos apartar el cuerpo del alma sin traer la muerte, no podemos apartar las criaturas del Criador sin traer el absurdo y el sofisma. Ningún adelanto fisiológico ha logrado en modo alguno destruir la espiritualidad y las facultades íntimas del alma. Todas las ciencias cosmológicas modernas con sus adelantos y con sus progresos, no han hecho más que aumentar, si pudiese decirse esto, lo infinito, demostrando cómo nos rodea por todas partes, así en el tiempo y en el espacio materiales, como en las inmateriales ideas. Ninguno de los adelantos científicos ha podido destruir la religión, por lo mismo que la religión no es ciencia. Yo pregunto ¿en qué se ha menguado la idea de Dios porque haya el telescopio extendido y dilatado los cielos; porque haya el espectro solar, en sus maravillosas descomposiciones, traído al radio de las humanas experiencias el oxígeno ardiente allá en los confines de la Via Láctea; porque las ciencias naturales hayan coordinado en sistema racional y en serie lógica todas las especies; porque las máquinas eléctricas, los para-rayos, los barómetros, los termómetros, han pesado el aire, medido el calor, y puesto el relámpago á las plantas del hombre, como estuviera en otro tiempo á las plantas de Dios; porque la geología, en sus investigaciones, haya acrecentado la nobleza de la tierra con acrecentar la genealogía de sus edades y de sus siglos; porque la química, en sus adelantos, haya mostrado la unidad de la materia, y la mecánica la unidad de la fuerza; porque nuevas reve-

laciones científicas hayan venido á demostrar el poder de Dios, y nuevas revelaciones históricas la unidad fundamental del hombre? No se puede, no, emplear para las religiones el criterio que se emplea para las ciencias. Allégase la verdad científica por la razón pura, y allégase la verdad religiosa por el sentimiento, por la fe, por las luminosísimas intuiciones. Ni los Vedas, ni las Biblias, ni los Evangelios han querido revelar ciencias ni artes. Necesitados todos esos libros de poner verdades morales, metafísicas y teológicas al tardo alcance de las muchedumbres, no se han curado, ni han podido curarse del rigor científico. Las religiones no tienen para qué decir ni enseñar cómo se mueven los astros, cómo se generan las especies, cómo se forman los fluidos, cómo se originan las ideas; les basta con enseñar y decir que un Dios existe, que se relaciona ese Dios con los espíritus y con las cosas, que tiene una providencia para la Historia y una ley para la Naturaleza y una religión para la inteligencia y una moral para la voluntad moral cuyo cumplimiento nos hará buenos en el mundo y nos asegurará la inmortalidad en el cielo. No hay esos supuestos conflictos entre la religión y la ciencia, sino cuando se quiere hacer de la parte histórica de la parte litúrgica, de la parte accidental y circunstancial en todas las religiones algo tan supremo como su parte dogmática y moral. Por consiguiente, hay que dejar á la ciencia libre, sean cualesquiera sus sistemas, en la seguridad de que no podrá jamás enterrar á Dios en sus más ó menos atrevidos conceptos. Cual no pueden confundirse las artes unas con otras, sin perderse todas, no pueden, la ciencia, la religión, la política, confundirse sin perderse y desnaturalizarse. Dejad, dejad á cada manifestación del espíritu el espacio inmenso de su libertad, y veréis cómo resultan todas concéntricas y armónicas gravitando en torno de Dios, como en torno del sol gravitan los planetas.

Hay en el fondo de todas las religiones un espiritualismo esencial, como hay en el fondo de todas las religiones leyes morales, más ó menos claras, pero leyes morales al cabo. En el centro de todos los templos, en el secreto de todos los santuarios, en la efigie de todos los dioses hay también una idea fundamental y pura. Todas las liturgias tienden á relacionar al hombre con su Dios, y á extender la vida humana más allá de la muerte. Como del estiércol se levantan los árboles henchidos de savia, goteando gomas, ornados de flores, enriquecidos de frutos, poblados de aves y de nidos, tendiendo sus verdes ramas á la inmensidad para que, de sus besos con la luz al oxígeno, salga y purifique los aires; como esos grandes vegetales, decía, salen del estiércol, ó por lo menos, lo necesitan para sus raíces, del sepulcro y de sus cadáveres podridos, de aquella fetidez y de aquella miseria, saldrán eternamente los altares con sus aras, con sus cálices, con sus tabernáculos, con sus ángeles, con sus Vírgenes, con sus oraciones, que subiendo á las alturas inaccesibles, rasgan los velos del misterio, y nos revelan el bien, la verdad y la hermosura, esas hipóstasis de Dios. Los principios religiosos y morales del Cristianismo se hallarán eternamente, sin remisión alguna en todas las religiones, como se hallan los postulados del di-